

Mediante" y el "Si Dios quiere" no faltan nunca en sus frases. El nica guarda la asperidad de su lengua para con el prójimo. En pocos lugares se usa y se abusa tan brutalmente del cervantino y celestinesco "hijo de p." como en nuestra Patria. Extraño que un pueblo sentimental y caritativo como es el nica, ponga alrededor de sí mismo, contra su prójimo, tan erizado cerco de adjetivos insultativos. Pero, a la realidad me remito!

Mucha parte de la simplicidad que observamos en el nicaragüense podía quizás adjudicarse a su índole nómada, itinerante o vagabunda que yo he llamado "exódica"—como la israelita— porque responde a inquietudes e impulsos milenarios de su historia transeúnte y de su geografía pontifical.

CUANDO LOS DIOSES ORDENARON PARTIR

Leyendo en Torquemada las memorias legendarias de los antiguos Nicaraos o Nicaraguas nos encontramos con un pueblo emigrante, pueblo que habita en el desierto de Soconusco, donde dominado por los Olmecas y ansiando libertad consultó a sus dioses y los dioses le ordenaron partir. Esa orden es un símbolo que marcará para siempre nuestro destino.

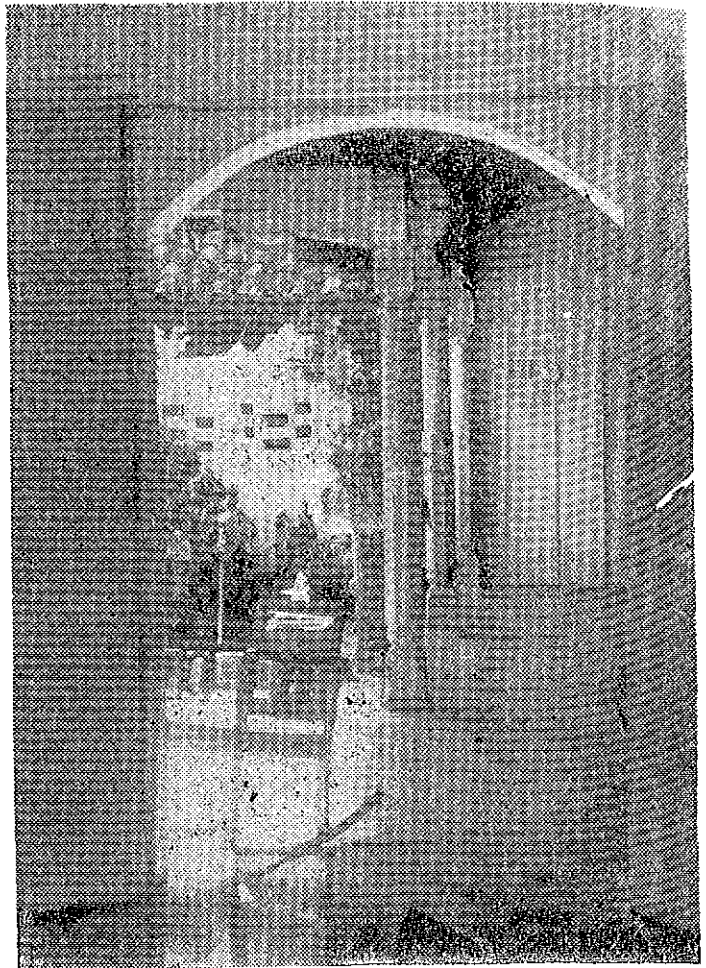
Voces de dioses telúricos ordenaron desde el principio el éxodo de todas las razas que constituyeron la gran amalgama móvil pobladora de nuestro país. Manos de dioses itinerantes y peregrinos construyeron la tierra misma que habitamos con una extraña misión transeúnte

EL PUENTE GEOGRAFICO

Comencemos por la tierra. Dice Oscar Schmieder en su "Geografía de América" que todavía en la Era Terciaria faltaba la conexión terrestre entre las Américas del Norte y del Sur. Lo que hoy es nuestra tierra patria, no existía. Como la Venus de Botticelli, Nicaragua surgió del mar—joven ante el resto de América— levantada sobre los hombros de esa línea de volcanes—colosos heráldicos que integran nuestro Escudo— y que son los pivotes de nuestro delgado puente geográfico, tierra que desde entonces servirá de paso y de unión entre las dos Américas. Así, la misma formación geológica de Nicaragua ya nos advierte que el futuro habitante de tal lugar será un hombre transeúnte.

LA PRIMERA HUELLA DEL EXODO

Resulta interesante como signo de destino que la huella más antigua de un pie humano en Nicaragua, sea la huella de un pie que huye. Las huellas de Acahualinca nos hablan de primitivos indígenas que quizás bajaron del Norte persiguiendo al Bistonte, cazadores peregrinos que abandonan Managua—y desde entonces ¿cuántas veces el nicaragüense deberá partir?—porque otro dios, un volcán iracundo, arrojando fuego y lava, los obligó a emprender la huida.



Puertas, marcos, pilares, todas las líneas de nuestra arquitectura parecen haber hecho un voto de pobreza.

De las huellas de Acahualinca está llena la prehistoria de esta tierra. No deja de producir vértigo pensar que por el angosto corredor nicaragüense pasó la semilla humana de innumerables razas y conglomerados humanos del continente Sur, que venían del Norte, como también, en contracorrientes que la arqueología percibe, de muchas razas y tribus sureñas que subían al Norte. Hay que imaginar esas tribus antiquísimas de cazadores y recolectores queriendo tal vez estacionar y siendo desalojadas por otras más cultas o más fuertes, desalojadas a su vez por nuevas oleadas de emigrantes. Sirvanos de punto de partida para concebir esas mareas humanas que la oscuridad de los siglos y milenios recubre, la probable historia de las razas indígenas que encontraron aquí, al parecer fijas, los españoles. Los maribios o subtiabas—raza venida desde California—había ocupado gran parte de Nicaragua robándole tierra a indios al parecer venidos del Sur que, desalojados, pasaron a ocupar el interior y el Norte de nuestro país. Los Chorotegas a su vez empujaron y arrinconaron a los Subtiabas. Y luego llegaron los nahoas a empujar a los Chorotegas quitándoles parte del territorio. Y todavía Torquemada agrega una invasión azteca